

Paisajes y leyendas de Ignacio M. Altamirano en la Sociedad Mexicana de Geografía: discurso literario y profesionalización de la ciencia

Edgar Mejía Galeana

Desde los últimos años de la década de 1860 hasta su viaje final a Europa en 1889, Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) es ante todo un hombre público. En esos años despliega una intensa actividad profesional, intelectual y social en diferentes ámbitos: es ministro de la Suprema Corte de Justicia; imparte clases en la Escuela Normal y en la Escuela de Jurisprudencia; dirige y escribe en los periódicos *El Renacimiento*, *El Federalista* y *La República*; es miembro de numerosas sociedades científicas, literarias y culturales: Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Liceo Hidalgo, Sociedad Filarmónica Mexicana, Sociedad de Libre Pensadores, Sociedad de Beneficencia. Además, como le dice en carta a una amiga, asiste a ensayos de comedias, tertulias, comidas, reuniones políticas, redacciones de periódicos, de manera que, concluye, “es bien difícil encontrarme solo” (*Epistolario I* 382). Son décadas también en que escribe su obra narrativa más importante: *Clemencia* (1869), *La navidad en las montañas* (1871), y *El Zarco* que, aunque publicada póstumamente en 1901, hay indicios de que la empezó a escribir en 1874 (Sol 29). Además de promover la literatura nacional en periódicos, revistas y charlas, Altamirano escribe prólogos, revisa la bibliografía mexicana, traduce, entabla lazos con escritores latinoamericanos y alienta a las nuevas generaciones de escritores.

De todas sus actividades públicas en esos años quizás su vinculación con la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (SMGE) sea la más duradera dado que comienza en 1868 cuando se hace miembro, continúa de 1872 a 1880 como primer secretario, vicepresidente de 1881 a 1889, y se prolonga a su estancia europea en calidad de representante de la misma ante el Congreso Internacional de Americanistas en París en 1890. Sin embargo, no hay estudios exclusivos de su participación en la sociedad científica mexicana más importante del siglo XIX. El propósito de este trabajo es considerar la gestión de Altamirano como un momento crítico en la relación tensa entre la literatura—como forma del *saber general*, según lo entiende Julio Ramos—y la progresiva profesionalización de la ciencia, en particular la manera que dicha profesionalización adoptó durante el Porfiriato (1876-1910). Estudiaré estas tensiones a partir del contraste entre dos instituciones encargadas de la adquisición de conocimiento geográfico: la SMGE, dirigida como hemos dicho por Altamirano, y la Comisión

Geográfica-Exploradora, creada en 1877 por el gobierno de Porfirio Díaz. Este contraste me permitirá precisar la manera en que la élite porfirista transformó la práctica científica de una perspectiva enciclopédica tradicional a una aplicada al control administrativo y político. Más adelante, a partir de una lectura de la colección de artículos de costumbres *Paisajes y leyendas. Tradiciones y costumbres de México* (1884) de Altamirano, examinaré el lugar de la literatura, y del propio autor, en un contexto de transformación de la escena pública y de sus estrategias para mantener sus sistemas de autoridad en momentos de acelerada especialización científica.¹ Me interesa este libro particularmente porque, aunque los textos que lo constituyen fueron originalmente publicados en periódicos a comienzos de la década de 1880, más tarde fueron leídos por Altamirano en sesiones públicas de la Sociedad Mexicana de Geografía para suplir la falta de contenidos científicos dada la inasistencia de los miembros.² Estas lecturas públicas de la obra en una sociedad científica en crisis, sugiero, hacen ingresar los artículos de *Paisajes y leyendas* en otro contexto de significación, es decir, suscitan preguntas sobre el lugar del letrado y de la literatura ante la emergencia de las disciplinas científicas profesionales y ante la especialización misma de las tareas del Estado.

La Sociedad Mexicana de Geografía y la profesionalización disciplinaria

La historia de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística está vinculada desde sus orígenes a la historia del Estado nacional. En cada circunstancia histórica la SMGE sirvió a sus necesidades políticas y administrativas. En 1833, en el gobierno de Valentín Gómez Farías, se creó el Instituto de Geografía y Estadística, antecedente inmediato de la Sociedad, que tenía como misión la acumulación del conocimiento geográfico y estadístico que sirviera a la definición de los límites territoriales de la nación independiente. Años más tarde, ante la separación de Texas y el aumento de la tensión con los Estados Unidos, el Instituto pasa a formar parte del Ministerio de Guerra con el nombre de Comisión de Estadística Militar. Su misión era elaborar la carta general de la república, las cartas de los estados y el *Diccionario geográfico y estadístico*, para lo que recibió fondos hasta 1851. En ese año se aprobó un decreto, durante la presidencia de Mariano Arista, que establecía permanentemente la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, le daba un reglamento y le aseguraba una subvención anual. Durante la invasión francesa y el imperio de Maximiliano, la SMGE, para seguir operando, tuvo que reconocer al gobierno imperial y participar de sus proyectos científicos.³

Altamirano ingresó a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en circunstancias de alta exaltación política a nivel nacional. Se ha atribuido al propio presidente Benito Juárez la intención de disolver la Sociedad después del triunfo de la República, dado que durante el gobierno imperial de Maximiliano continuó sus funciones con la colaboración de muchos socios antiguos, incluidos los célebres geógrafos Antonio García Cubas y Manuel Orozco y Berra. La condición del presidente para la reanudación de labores de la Sociedad en 1868 fue la expulsión de los socios que colaboraron durante el imperio. Acaso por el posterior distanciamiento de Ramírez y Altamirano con Benito Juárez, o acaso porque finalmente triunfó el espíritu conciliatorio en la república literaria, los primeros decidieron aceptar de nuevo como miembros a aquellos que colaboraron en la SMGE durante el imperio. Sin embargo, con la designación de Altamirano como primer secretario de la Sociedad en 1872, en sustitución de Ramírez, y quien seguramente

intervino en el nombramiento, quedó claro que el grupo liberal deseaba mantener el control de la institución científica más importante del país.

En 1880 Altamirano presentó a la SMGE el informe oficial requerido por el reglamento sobre sus ocho años como primer secretario. Allí explicó el estado lamentable en que había encontrado a la institución: la inasistencia de los socios a las reuniones semanales era común; los recursos del gobierno no eran entregados a tiempo, lo que dificultaba la publicación del *Boletín* oficial; las salas de sesiones y reuniones estaban en estado ruinoso, por lo que se veían obligados a celebrar las sesiones solemnes en el edificio del Colegio de Minería; la biblioteca se reducía a “dos estantes viejos,” con colecciones incompletas y sin catalogar; así como también un acervo de mapas, planos y piezas de museo en franco deterioro y caos (*Memoria* 15-16). En sus primeros dos años como miembro Altamirano dice haber concebido sus planes para asegurar la existencia y continuidad de la sociedad. Dichos proyectos eran los de “ensanchar los trabajos de nuestra Corporación, extender y ramificar sus relaciones científicas, aumentar sus elementos y quitar ciertas trabas que embarazaban su marcha” (2). El informe de Altamirano sugiere que, sin su intervención, la Sociedad corría el riesgo de desaparecer, por lo que las medidas tomadas por él adquieren un sentido de refundación. El primer año de su gestión aseguró los fondos del gobierno para reconstruir la sala de reuniones y la de sesiones solemnes, la cual fue inaugurada con un homenaje a Samuel Morse, a la que asistió el presidente de la república Sebastián Lerdo de Tejada. En los siguientes años, bajo la dirección de Altamirano, se amplió el acervo de la biblioteca a 6.000 volúmenes debidamente catalogados (una “biblioteca pequeña, pero escogida,” la llama (19)); se elaboró también un catálogo completo de los mapas y planos existentes en la sociedad y de los publicados en el *Boletín*, que sumaban quince mil ejemplares; también, con los objetos donados por socios y entregados por el gobierno se formó, dice Altamirano, un “pequeñísimo museo” (21). La última parte del informe la dedica a explicar detalladamente los cambios hechos al *Boletín* de la SMGE que incluían un papel más elegante, una tipografía más clara y un tamaño más reducido, para facilitar su envío a las sociedades científicas extranjeras (26). El balance final que hace Altamirano de su gestión deja claro que, gracias a él, la Sociedad tiene instalaciones dignas en las cuales desarrollar sus labores, una publicación a la altura de las sociedades internacionales y una correspondencia fluida con instituciones extranjeras (32).

En la gestión administrativa de Altamirano—la remodelación de la sala de sesiones, la formación de la biblioteca y la conformación del “pequeñísimo museo”—es fácil percibir una réplica de las estrategias de formación nacional del Estado mexicano desde, al menos, 1830, en que se intentó cimentar la institucionalidad estatal. Vemos también la creación de una sede para su propio trabajo intelectual y un espacio de sociabilidad que le permitió cultivar una serie de relaciones con la comunidad letrada mexicana y en la que ejerció su magisterio. Durante su gestión en la Sociedad de Geografía, las amistades literarias se volvieron alianzas intelectuales con una comunidad literaria, científica y académica internacional, que le fueron muy útiles en su viaje a Europa (Giron 172). Hay también en la participación de Altamirano en la SMGE la confianza de los letrados cívicos en las instituciones culturales como lugares de enunciación y, en gran medida, como fundamento de su autoridad literaria, sobre todo en periodos anteriores a la autonomía de la literatura. Por eso, el declive de la SMGE durante el Porfiriato, que

discutiré a continuación, hizo evidente también la creciente marginalidad de los letrados que apoyaban la búsqueda de un *saber general*.

En 1901 Enrique de Olavarría y Ferrari desmintió en gran medida el informe de Altamirano que lo retrataba como el fundador de una nueva Sociedad de Geografía. Según él, durante la gestión de Altamirano, los niveles de asistencia a las reuniones semanales decayeron aun más que durante los años previos a su llegada, los fondos del gobierno fueron también entregados de manera muy irregular (en parte debido a la relación tirante entre Altamirano y el ministro de Fomento), y además deja claro que muchos de los éxitos durante esos años no fueron logros personales de él, como lo deja entrever en las *Memorias*, sino del trabajo conjunto de los otros socios. De Olavarría y Ferrari reconoce, sin embargo, que la responsabilidad del declive de la SMGE no fue de Altamirano: “Si la época en que funcionó como Vicepresidente no fue de las más brillantes, las circunstancias y no el Sr. Altamirano tuvieron culpa de ello” (138). Hacia el final de su libro, después de un obligado elogio a Porfirio Díaz, atribuye dicho declive a la creación de numerosas entidades científicas que dependían del Ministerio de Fomento y, por tanto, respondían directamente al gobierno porfirista, entre las cuales se encontraban la Dirección de Estadística, la Sección de Cartografía, las Comisiones Geográfico-Exploradoras, “espléndidamente dotadas de instrumentos, recursos y empleados de que nunca pudo disponer nuestra Corporación” (170). Luz Fernanda Azuela Bernal explica la crisis finisecular de la SMGE, y de otras asociaciones científicas tradicionales como la Sociedad Mexicana de Historia Natural, a partir de lo que considera una política científica del gobierno de Porfirio Díaz que se proponía la reorganización general de la ciencia en México. Dicha reorganización suponía la creación de nuevas instituciones como el Observatorio Nacional, que serviría para aplicar el avance en la astronomía al desarrollo de la cartografía, y el apoyo a ciertas instituciones claramente porfiristas, como la Sociedad Científica “Antonio Alzate” (162).

Es claro, pues, que la decadencia de la SMGE que comenzó y se profundizó durante el régimen de Porfirio Díaz no tiene que ver con una supuesta gestión fallida de Altamirano, sino, sobre todo, con la emergencia de instituciones creadas por encargo directo de Díaz que suplantaron a sociedades científicas como la SMGE en el acopio de saberes necesarios para desplegar la acción administrativa y política del Estado. En particular me interesa explorar las funciones y proyectos de la Comisión Geográfica-Exploradora fundada en 1877, porque permite delinear el contraste entre dos instituciones en cuanto a sus modos de producir y usar el conocimiento científico, en este caso geográfico. Por un lado, la SMGE, aunque fundada con el apoyo del Estado en 1833 y vinculada a los proyectos del Estado nacional, siguió operando, ante la ausencia de un campo científico, de una manera tradicional, es decir, a partir de la conformación de una comunidad de “hombres de letras” y “hombres de ciencia,” como se le llamaba entonces al grupo letrado, en torno a una “concepción universalista del saber” (Capel 412). Aunque en muchos casos participaron de los proyectos nacionalistas del momento (la creación de mapas nacionales, por ejemplo) y reivindicadores frente al desdén o desconocimiento extranjero, predominó la conciencia de que los guiaba una búsqueda de la verdad y un deseo de contribuir a la generación de un saber de tipo enciclopédico; una actitud que iba en contra de la nueva concepción de la ciencia a fines del siglo XIX que buscaba una “combinación de saber básico y aplicado que sirviese o, por lo menos, pudiese servir a

finés sociales más amplios que la mera búsqueda de la verdad” y que atraía a la nueva generación de científicos a un “saber menos enciclopédico y más especializado” (Cueto 455).

Entre los logros de la SMGE se encuentra la elaboración, a mediados del siglo XIX, de mapas nacionales (en particular los de García Cubas) que contribuyeron a crear lo que Raymond Craib ha llamado la “conciencia territorial” del país, en momentos en que la integridad misma del territorio se percibía frágil (“El discurso” 133). Sin embargo, dichos mapas no eran aptos para servir como instrumentos de la acción política y administrativa del territorio por su escala tan pequeña (Craib, *Cartographic* 23). Así que, hacia fines del siglo, para el gobierno de Díaz enfocado en la centralización administrativa, el control político y la estabilidad social, era esencial contar con una institución que creara mapas a mayor escala y elaborados con métodos considerados más precisos, de manera que la CGE se propuso elaborar mapas con información obtenida directamente desde el terreno, a través de la medición de distancias, el establecimiento de puntos fijos, el cálculo de medidas astronómicas con la ayuda de instrumentos sofisticados (Craib, *Cartographic* 130). Es decir, frente a las indagaciones universalistas de la SMGE, la Comisión Geográfica-Exploradora ofreció, como ha visto muy bien Craib, un conocimiento “estructurado” y “situado” (*situated*). El resultado fue que durante la primera década en que operó (1877-1887), la CGE recolectó información para elaborar mapas más útiles para la acción del estado y, al mismo tiempo, obtuvo información sobre el territorio y las poblaciones, lo que hizo posible la expansión del control militar sobre el país (153).⁴ Frente a los mapas de mediados de siglo que tuvieron un importante valor iconográfico, los mapas producidos por la CGE hacia finales del siglo XIX hicieron posible un control estatal, ya que establecían un vínculo directo entre la información abstracta contenida en ellos y los espacios que representaban, y, por tanto, entre el estado y la población que decía representar (*Cartographic* 151).

Este nuevo enfoque en la adquisición del conocimiento geográfico limitó seriamente el radio de acción de la SMGE que, como expresó De Olavarría y Ferrari, siguió funcionando a fines del siglo XIX, pero en una “modesta y reducida esfera” (170). No solo se trató de los escasos fondos que siguió recibiendo del gobierno, sino de una transformación del trabajo científico que empujaba a una especialización mayor y que implicó la creación de instituciones, departamentos universitarios y nuevas publicaciones, todas ellas organizadas y dirigidas por una nueva generación de científicos formados en universidades (Capel 424). Por eso no es de extrañar que las sesiones de la SMGE se vieran reducidas en participación y que el contenido de las reuniones se volviera más “literario,” al menos durante los últimos meses de la gestión de Altamirano, quien por cierto pidió, antes de su salida a Europa, que la SMGE siguiera permitiendo que el Liceo Mexicano, una de las numerosas sociedades literarias apadrinadas por él, llevara a cabo sus sesiones en su edificio (De Olavarría 137). El simbolismo de la inestabilidad del grupo letrado en esta época de acelerada especialización es bastante obvio, pero me interesa trasladarlo al análisis de *Paisajes y leyendas* dentro de lo que considero una encrucijada disciplinar de la literatura y más específicamente como parte de las estrategias de Altamirano de hacer un lugar para él y para la literatura en el ambiente de profesionalización de las disciplinas. En ese sentido, me propongo explorar las estrategias

discursivas del discurso literario frente a la emergencia de la ciencia como otra de las metanarrativas del *fin de siècle*.

La crisis de autoridad del letrado y la proscripción política de Altamirano

La discusión de *Paisajes y leyendas*, y su lectura pública en las sesiones de la Sociedad de Geografía, permiten, como he dicho, leer un momento crucial de las transformaciones de la esfera pública mexicana de fines de siglo. Y permiten también resituar el lugar que Altamirano y su obra ocuparon en esos años de confusión política, fragilidad institucional y crisis de autoridad para la *república de las letras*. Trataré aquí de evitar la lectura de la obra de Altamirano a partir de su consagración como fundador de la literatura nacional y de autoridad literaria incuestionable y, más bien, procuraré reconstruir el contexto preciso de reacomodo de los actores intelectuales y discursos públicos ante la consolidación del porfirismo. La lectura tradicional asume la ascensión de Altamirano a máxima autoridad literaria—promotor y juez cultural—como una paulatina depuración de contenidos políticos, que se inicia con las veladas literarias (1867-1868) que reúnen a liberales y conservadores durante la República restaurada, alcanza un punto climático con la fundación del periódico cultural *El Renacimiento* (1869) y se prolonga en su magisterio literario de las dos décadas siguientes. Sin embargo, apenas se revisan las condiciones específicas en que se despliega su acción pública e intelectual, se comienzan a percibir las fisuras en esa supuesta carrera pública ascendente. Me interesa detenerme en algunos hitos biográficos para comenzar a precisar el lugar público de Altamirano en el momento en que dirige la SMGE, donde ocurre la lectura de pasajes de su obra *Paisajes y leyendas* que discutimos. Nicole Giron ha examinado perspicazmente los años finales de Altamirano, en particular su salida a España en 1889 en misión diplomática, no como premio del régimen de Díaz a sus servicios, ni como consagración de su carrera literaria, sino como resultado de una marginación de la escena pública a raíz de las discusiones sobre los contenidos pedagógicos de la Escuela Nacional Preparatoria que enfrentó a la nueva generación de intelectuales positivistas y a la vieja guardia liberal.⁵ Según la estudiosa, el ofrecimiento del puesto diplomático a Altamirano significaba en realidad una forma de proscripción política, ante la posibilidad de que las intervenciones de Altamirano en los debates ideológicos generaran un movimiento de apoyo que demandara una dirección más incluyente de los procesos modernizadores (incluida la reforma educativa) que se estaban llevando a cabo (174). Como era de esperarse, no hay evidencia documental de dicha proscripción política de Altamirano; sin embargo, a partir de una interpretación reciente de Elías José Palti de su obra ese destierro velado de Altamirano se puede explicar por un “veto” impuesto por un error en sus años militantes: en 1866 Altamirano decidió unirse a la rebelión de Vicente Jiménez en contra del gobernador del estado de Guerrero, Diego Álvarez, y llegó a proclamarse gobernador del estado, algo que negaría tiempo después. El gobierno de Juárez envió tropas federales y derrotó al general Jiménez quien, sin embargo, logró más tarde reintegrarse a la escena política e incluso ocupar cargos importantes en el Porfiriato. Altamirano, en cambio, enemistado con dos prominentes líderes políticos, uno nacional y otro regional, vio clausurada la posibilidad de una carrera en el servicio público, la única que podría haberle dado un desahogo a su situación económica (Palti 407-08). El campo literario es entonces, de acuerdo a Palti, el único ámbito disponible en que Altamirano puede crearse

una reputación pública. Vista desde esta perspectiva, toda su labor de promoción cultural adquiere nuevos sentidos.

Es verdad que las filiaciones políticas erráticas de Altamirano le impidieron formar alianzas duraderas en el terreno político (Palti 407), pero la inestabilidad de su figura pública, aun a pesar de su prestigio literario, radicaba en gran medida en la transformación misma de la esfera pública a finales de siglo. Julio Ramos ha estudiado lúcidamente la condición precaria del sujeto letrado en el *fin de siècle* latinoamericano. Ramos afirma que la estabilidad de que gozó la república de las letras desde las guerras de independencia fue sustituida por una creciente marginación de los letrados ante los avances de la modernidad capitalista adoptada en las sociedades latinoamericanas. No solo se trató de que el saber general comenzó a ser sustituido por una serie de campos especializados, sino que la autoridad misma del sujeto letrado fue socavada por la ruptura de la alianza entre la letra y la razón de estado. A partir de la década de 1880, según Ramos, el campo literario latinoamericano comienza su autonomía fuera de las órbitas del estado y, a menudo, enfrentado a él, el cual ya “había racionalizado y autonomizado su territorio socio-discursivo” (142). Es decir, la autonomía y, particularmente, la especialización de la literatura, emergen como una crítica al estado y a los procesos modernizadores que impulsaba, y en muchos casos como una defensa de la tradición (117). Sin embargo, los sujetos letrados no cuentan todavía con instituciones que los respalden, los programas universitarios son todavía limitados, y el mercado literario es apenas una aspiración. En suma, la inestabilidad del intelectual finisecular es resultado de la carencia de sustento institucional y de la pérdida de centralidad y autoridad en los procesos de racionalización de la esfera pública.

Altamirano y su obra estuvieron en el centro de la acelerada transformación del Estado (predominio de la administración sobre la política), del discurso político (hegemonía del positivismo) y del campo literario (autonomía estética). Su reputación como árbitro de la producción cultural fue indiscutible en su momento; incluso los miembros más destacados de la generación modernista, Manuel Gutiérrez Nájera y Ángel del Campo, reconocieron su magisterio. No obstante, es necesario considerar la fragilidad del lugar mismo desde donde Altamirano hablaba para entender más precisamente el sentido de su proyecto cultural y, particularmente, su labor en la SMGE. Es verdad que a comienzos de la década de 1880 Altamirano experimentó una suerte de rehabilitación política al ocupar el cargo de diputado (1881-1882), lo que de alguna manera permite la reconciliación con Diego Álvarez en 1884; sin embargo, dicha rehabilitación seguía siendo incompleta. La negativa de Altamirano a exhibir su obra en la exposición universal de Nueva Orleans de ese mismo año (Tenorio Trillo 224) solo puede entenderse años más tarde, por la manera y el contexto en que las autoridades porfiristas habían concebido exhibirla en la exposición de París de 1889: la élite porfirista pensó en Altamirano para llevar a cabo un estudio de la vida de los habitantes indígenas de México que mostrara a los públicos extranjeros la “buena fe” de los indígenas mexicanos, “lo que a menudo implicaba la disposición de los indígenas a ser domados” (Tenorio Trillo 88). Como quedará claro por la lectura de *Paisajes y leyendas*, Altamirano había comenzado a escribir desde comienzos de esa década una serie de textos costumbristas que iban a contracorriente de las representaciones de los indígenas hechas por la ciencia y las elites porfiristas que exhibían la “modernidad” mexicana en los centros hegemónicos y, quizás por la difusión de esos

textos, desistieron de pedírselo. Es decir, acaso por ese error fundamental de 1866 o por su resistencia, años más tarde, a conformarse a los discursos sociales sobre México y los indígenas (temas que abordaré más adelante), Altamirano se mantuvo al margen del aparato científico y cultural operado desde el Estado.⁶

A pesar de que la política, en sentido estricto, había excluido a Altamirano, para este fue imposible excluir a la política, entendida de manera amplia, de su literatura, “era su manera de *hacer* política” (Palti 427, énfasis en el original). Sobre todo porque Altamirano se había formado en la época en que la literatura no competía con otros sistemas de autoridad y era la voz única de los proyectos racionalizadores (la lucha frente a lo percibido como “bárbaro,” la emergencia de los procesos modernizadores) que promovieron la consolidación del estado (Ramos 132). Pero más que considerar su literatura como anacrónica—acaso haya elementos de su estética que lo sean—, lo que me interesa hacer a continuación es una lectura de *Paisajes y leyendas* como un discurso literario que intenta inscribirse (de ahí la importancia de su lectura pública en la SMGE) en las coordenadas político-culturales del presente finisecular para rehabilitar un proyecto nacional más incluyente que apuntalara la autoridad de la literatura en la definición de los proyectos nacionales, y acaso ampliara la influencia de Altamirano en la esfera pública.

Paisajes y leyendas y la aventura epistemológica

Paisajes y leyendas está conformado por artículos que comparten los mismos temas, motivos y puntos de vista. En casi todos ellos se repite el mismo entramado narrativo: el narrador describe un viaje en ferrocarril a un punto geográfico de escaso interés para las élites urbanas, que prefieren, en cambio, las pequeñas islas modernas de la capital y los tradicionales sitios de recreo. En esos poblados marginados cultural y políticamente, Altamirano explora las celebraciones religiosas populares desde diferentes ángulos. En particular presta atención a los orígenes del culto católico, a la participación de los pueblos indígenas en la organización de las celebraciones y a los recorridos de las procesiones. En muchas ocasiones hace digresiones en que describe la naturaleza y la topografía locales.

Los textos de *Paisajes* recurren a formas literarias tradicionales (el cuadro de costumbres) y adoptan tropos y motivos románticos (la recopilación de leyendas y costumbres nacionales, la descripción de paisajes), pero al inscribirse en el contexto de acelerada transformación social de la modernidad porfirista, expresan, al igual que la crónica de finales de siglo, las tensiones acarreadas por la incorporación latinoamericana a la modernidad capitalista (Ramos). Wright-Ríos ha hecho una lectura interesante de la colección a partir de la tesis de Carlos Alonso en *The Burden of Modernity* sobre la manera en que los escritores latinoamericanos de las últimas décadas del siglo XIX desarrollaron estrategias retóricas y discursivas en las que confrontaron los modelos de nación y de cultura europeos frente a las realidades sociales, económicas y políticas locales, no solo para medir el desfase frente dichos modelos, sino para asegurarse de no abandonar su propia realidad. Coincido en la parte del argumento de Wright-Ríos en que explora finamente las tensiones entre los deseos de modernización y la recreación de una sociedad tradicional que pulsán en los artículos, uno de los signos, según Ramos, de la

contradictoria especialización de la literatura (118-19). Sin embargo, creo que es necesario precisar el contexto político y cultural desde el cual Altamirano esboza, según Wright-Ríos, un indianismo enraizado en las comunidades indígenas en su natal Tixtla.

A mi entender, el trabajo de Altamirano en la SMGE y las referencias constantes a la ciencia, al conocimiento sobre México, a estudiosos extranjeros, a fuentes bibliográficas coloniales, hacen de *Paisajes y leyendas* una parte central de un programa, alternativo y compensatorio, imaginado por Altamirano, de nacionalización de los instrumentos, instituciones y disciplinas del conocimiento que comenzó desde la década de 1870, pero que adquiere perfiles más claros en la década siguiente, y que intenta realizarse desde bases diferentes a las que venía siguiendo la élite porfirista. Este programa responde, a mi entender, a las circunstancias personales, políticas e intelectuales de Altamirano que hemos delineado más arriba. Frente a su posición inestable en términos políticos e intelectuales, Altamirano esbozó una serie de nuevas tareas para la literatura; entre ellas, la de llevar a cabo una exploración del territorio y la historia nacionales que escapara a los imaginarios porfiristas y positivistas de una modernidad excluyente. Se trataba, pues, de un intento por mantener su condición de disciplina estelar del saber general que asegurara la legitimidad del letrado en la esfera pública.

La noción de viaje, que sirve de marco narrativo a cada uno de los cuadros de costumbres, me permitirá delinear la forma que asume lo que podría denominarse como la *aventura epistemológica* de Altamirano. En primer lugar, el viaje en ferrocarril introduce una serie de contenidos que, en primera instancia, se asocian a los valores políticos y sociales de la élite porfirista. Como ha visto Rafael Pérez Gay, el viaje fue la metáfora privilegiada del Porfiriato porque aludía al “abandono de la orilla miserable del pasado para dirigirse al pasillo de la modernidad” (vii). En “El señor del Sacromonte” (1880), el artículo que abre la colección, la nueva estación del ferrocarril emplazada en el barrio de San Lázaro, en el deseo modernizador del narrador, promete “resucitar” con “los arcos de la vida y la circulación” esa parte central de la antigua ciudad lacustre devenida muladar en la segunda parte del siglo XIX (27). Para Altamirano, el ferrocarril es un emblema e instrumento de modernización, pero sus promesas de progreso son fijadas en un futuro vago. Sin embargo, las nuevas posibilidades de movilidad que permite el ferrocarril son dirigidas por Altamirano a una suerte de cruzada epistemológica nacionalista que comienza con sus propios desplazamientos por la red ferroviaria en expansión para estudiar el territorio y las costumbres nacionales. A Altamirano no le interesa el ferrocarril por sí mismo, y el nuevo espacio de sociabilidad que funda en su interior, como a Gutiérrez Nájera; y rechaza el impulso que ha dado el ferrocarril al creciente circuito de lugares para el ocio—tales como cafés y restaurantes, teatros, salas de conciertos, parques—, que eran asumidos por todas las clases como locales paradigmáticos de la vida moderna.⁷ En “El señor de Sacromonte” el narrador describe de manera colectiva el viaje en ferrocarril a contracorriente de las élites porfiristas y las clases medias que aprenden a ser modernos en estas zonas de ocio regulado: “Salgamos: toda la gente corre a refugiarse entre los bellos jardines de San Cosme o de Tacubaya o en majestuoso bosque de Chapultepec, a cuyo pie brotan los frescos manantiales que convidan al refrigerio. Nosotros seguimos un rumbo opuesto” (26). En ese sentido, Altamirano sugiere una instrumentalidad alternativa para el nuevo medio de transporte.

En 1882 Altamirano escribió un prólogo al libro *Viaje al Oriente* de Luis Malanco en el que esboza una visión de viaje letrado posibilitado por la nueva red de transporte y que se vincula a su labor en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y al programa epistemológico de *Paisajes y leyendas*. En esa visión se trataría de recuperar los orígenes itinerantes de las culturas “azteca” y española, “dos razas esencialmente móviles y atrevidas” (96), para reavivar el ímpetu del viaje, apagado durante los años de dominio colonial: “Los mexicanos viajan poco, y los que viajan, no escriben, ni publican sus impresiones o sus recuerdos” (95). Dicho impulso tendría como propósito refundar una tradición de literatura de viajes en el país que diera cuenta de un territorio aún inexplorado: “el suelo mexicano [. . .] es un vasto libro en el que la vista vulgar no lee sino la página más reciente, pero en el que los ojos penetrantes del antropologista y del anticuario descubren páginas más antiguas” (101-02).

En este ideal de una literatura que conciba el viaje como aventura epistemológica y estética, y el territorio como libro por leer, convergen dos postulados discursivos que recorren también las páginas de *Paisajes y leyendas*: la asociación occidental de la movilidad con el saber y la invención de una mirada “científica” para reinterpretar el texto nacional (“ojos penetrantes”). En el primer caso se trata de la subversión de la condición colonialista que, a decir de Appadurai, establece la división entre las comunidades percibidas como sedentarias, encerradas en una identidad y un lugar, y los sujetos móviles (misioneros, administradores, exploradores y antropólogos) que miran, registran, saben (Buzard 62).⁸ Por su trabajo en la SMGE Altamirano era consciente de la notoria desigualdad en una geopolítica del saber decimonónico en la que México seguía ocupando un lugar periférico, dado que seguía siendo el objeto de estudio y lugar de recepción de científicos viajeros, coleccionistas y exploradores, mientras seguían haciendo falta científicos mexicanos que recorrieran el territorio con una mirada científica.⁹ Hay en el llamado a viajar de Altamirano una crítica implícita a la generación de “sabios” de la generación anterior que elaboraban sus tesis sobre México desde sus gabinetes y estudios capitalinos, notablemente Antonio García Cubas y Manuel Orozco y Berra. Una crítica que además iba dirigida al centralismo letrado y científico que había convertido a la Ciudad de México en la metonimia del país entero (Cañizares Esguerra 150). Es decir, al adoptar el papel del letrado móvil, Altamirano asumía el viaje como condición necesaria para la profesionalización disciplinaria en un contexto mundial en que el viaje mismo y el viaje como tropo del conocimiento era esencial para disciplinas como la geografía y la antropología (Buzard 63). Pero, al mismo tiempo, le permitía modelar una práctica letrada en donde movilidad personal implicaba una autonomía intelectual y un nuevo lugar de enunciación desde el cual recuperar la legitimidad para elaborar discursos nacionales.

La manera en que Altamirano deseaba que el grupo letrado proyectara una mirada científica sobre el país emerge de un amplio contexto de vinculación con los discursos de la ciencia a lo largo de las décadas de los setenta y ochenta. Su participación en la Sociedad de Geografía ocupa un lugar central dado que le permitió familiarizarse con el desarrollo de las ciencias en México y, en general, en el ámbito occidental. Las sesiones en que se discutían temas científicos, las relaciones, intercambios y lazos de amistad con los socios, la publicación del *Boletín*, los debates que tuvo la SMGE con otras asociaciones como la de Historia Natural, el intercambio de publicaciones con instituciones

extranjeras y en general las discusiones públicas sobre las ciencias que cada vez cobraban mayor relevancia crearon un contexto que le permitió acumular un “conocimiento verdaderamente enciclopédico” (Giron 176). En ese sentido, la concepción que tenía de la ciencia era deudora de su tiempo. Como ha visto muy bien Mechthild Rutsch en su estudio sobre la profesionalización de la antropología en México, “durante la década de los setenta y los ochenta del siglo XIX, la *historia natural*, la *historia antigua* y la *historia patria* estaban aún ligadas” (36, énfasis en el original). Lo que va a desencadenar la profesionalización de la historia, la antropología y la arqueología es el interés del régimen porfirista por el estudio del pasado prehispánico a finales de la década de 1880 (36). Dicho interés entronca con un proyecto discursivo, político y propagandístico que consistió en crear una imagen moderna de México que, al mismo tiempo que mostraba la riqueza del patrimonio histórico del país, exhibía la capacidad del país de llevar a cabo estudios científicos profesionales (Tenorio Trillo 175). Aunque hay indicios de que Altamirano vislumbraba el camino que debían seguir las disciplinas para profesionalizarse, queda claro, sin embargo, que la mirada “penetrante” del “antropologista” que exigía del letrado viajero debía surgir de la esfera disciplinar indiferenciada a que alude Rutsch.¹⁰ Y es aquí donde radica el escollo que encontró el programa intelectual de Altamirano. Por un lado, desde una perspectiva que se asemejaba mucho a la visión enciclopédica del saber, Altamirano aspiraba a que fuera la literatura el discurso desde el cual se compilara el conocimiento sobre el territorio nacional; no obstante que, en términos prácticos, dichas tareas compiladoras demandaran una cierta especialización del letrado. Por otro lado, el programa de Altamirano le exigía a la literatura una misión pedagógica y nacionalista en un contexto en que comenzaban a surgir las estéticas modernistas. Este intento de Altamirano de apuntalar el edificio de la república letrada es uno de los ejemplos de las numerosas estrategias que tuvo que desplegar el letrado latinoamericano a finales de siglo ante su creciente marginación de la arena pública.

En “La semana santa en mi pueblo” (1880), uno de los textos de la colección que ha llamado la atención de la crítica reciente, la oscilación del punto de vista narrativo entre los discursos de la ciencia y una mirada literaria y subjetiva escenifica los choques entre distintos sistemas de autoridad en el espacio público. En los párrafos introductorios, el narrador plantea una serie de preguntas sobre la permanencia de los recuerdos de infancia que confronta la mirada científica y una mirada que podríamos llamar espiritual, y que estaría asociada al discurso literario: ¿Qué es lo que hace perdurar los recuerdos de infancia? ¿El cerebro o el corazón? Y quién puede explicarlo, ¿el fisiólogo o el espiritualista? Después de los lúdicos párrafos introductorios, el relato ofrece una suerte de *composición de lugar* que introduce históricamente a Tixtla, el pueblo de Altamirano. La información histórica sobre él se presenta como un acto de justicia ya que, a pesar de haber sido el lugar de origen de Vicente Guerrero, ha sufrido y sufre el desdén de la historiografía colonial y la ciencia de la época: “En las estadísticas apenas si se la enumera; el viejo diccionario de Alcedo le consagra sólo un parrafillo, y el cosmógrafo Villaseñor, cuando escribió su *Teatro americano* a mediados del siglo XVIII, le dedicó media columna de dos hojas en que habla de ella y de Acapulco” (39). La ciencia europea, la botánica en particular, también ha excluido toda la región del sur de México en sus estudios clasificatorios: “En el sur, las variedades y las especies [de palmeras] son numerosas. Hoeneke, Humboldt, Bompland, Schiede, Deppe, Andrieux, Galeotti, Funck,

Linden, Karwinski y Liemann, que han estudiado cuidadosamente la flora pálmica intertropical de México, no han conocido sin embargo los palmeros de la zona templada” (45). En suma, para Altamirano la omisión de Tixtla en el discurso letrado era una forma de afrenta que debía ser reparada con las herramientas de la ciencia y de la estética.

El viaje imaginario a Tixtla (y a su propia infancia) que emprende la voz narrativa para recrear y dar testimonio de la celebración de la semana organizada por la población indígena alterna entre observaciones de carácter científico, como las que hemos mencionado, y una evocación literaria del paisaje sureño. Así, elabora una apropiación nacionalista de un paisaje mexicano relegado por el Estado (ocupado en la fabricación de una imagen moderna de México), por las instituciones científicas del Estado (dedicadas a la recopilación de información útil al control político) y por el campo literario (en busca de la autonomía de la literatura). Dicha apropiación nacionalista intentaba unir una sensibilidad estética con narrativas históricas locales de cuño liberal (Cañizares Esguerra). Christopher Conway ha problematizado lo que algunos han visto como una supuesta huida nostálgica de Altamirano de la ciudad moderna hacia sus orígenes personales en Tixtla a través del examen de esta tensión entre los dos puntos de vista que asume el narrador. Es decir, por un lado pareciera que la voz nostálgica e íntima del sujeto que rememora su infancia lo reconcilia con su identidad indígena, pero por otro lado las digresiones de tipo científico y sociológico instauran una suerte de “authoritative anthropological voice” que lo distancia de esa comunidad originaria a la que dice pertenecer (35). Para el crítico esta segunda voz, que se expresa con la objetividad atribuida a los discursos letrados, se distingue de la “transparencia” de la autobiografía y la antropología porque está basada “on the imaginary residues of childhood, a set of original experiences that has been lost and that can only be recreated through the fleeting, provisional projections of personal memory” (45-46). Más que resolver el contraste entre las voces, creo que el texto ejemplifica la pugna misma en el seno del campo literario. Por un lado, la subjetividad literaria que trabaja en el terreno del lenguaje y la sensibilidad estética y, por otro, la voz de la ciencia que impugna los discursos hegemónicos sobre la otredad indígena.

Es verdad que la voz antropológica autorizada no emerge plenamente y se erige en un discurso de verdad sobre el otro, sobre los indígenas; sin embargo, la información histórica y etnográfica que proporciona se distancia de los discursos antropológicos evolutivos que comenzaban a ganar prominencia en el discurso público y que debieron serle familiares a Altamirano.¹¹ La obra cumbre de estos saberes que comenzaban a circular y que comenzaron a ser usados por la élite porfirista fue la *Historia antigua de la conquista* (1888) de Alfredo Chavero, preparada para ser incluida en la obra emblemática de la historiografía porfirista, *México a través de los siglos*. En ella, Chavero formaliza una teoría evolutiva del pueblo mexicano que, al mismo tiempo que valora la historia antigua de México, concibe a los pueblos indígenas como una degradación de las culturas prehispánicas con un pasado glorioso (Lomnitz). Estos discursos sobre los indígenas serán el fundamento sobre el que se asentó el programa propagandístico del porfirismo. En cambio, en su narración de la organización autónoma de las celebraciones por parte de los indígenas, Altamirano descarta una supuesta historia gloriosa de los pueblos indígenas del sur y, por tanto, rechaza también la teoría evolutiva que supone una degradación de los indígenas contemporáneos. Aún más, para Altamirano el estudio de la población

indígena contemporánea es una ventana a las sociedades prehispánicas: “el arqueólogo que quisiera reconstruir una escena de la vida mexicana antes de la Conquista, no tendría más que ir a Tixtla para tener *de visu* los datos necesarios” (41).

En suma, los textos de Altamirano, publicados todos en la década de 1880, cuando el grupo porfirista afianza su control del Estado y perfila mejor su discurso político, buscaban desafiar la centralidad del Valle de México en los discursos científicos y letrados, descalificar la concepción evolucionista de la antropología, y mostrar un cuerpo social indígena autónomo. La legibilidad del territorio mexicano que Altamirano promueve, posibilitada por las nuevas formas de movilidad e informada por los paradigmas científicos del momento, tienen también una semejanza con el *situated knowledge* que Craib atribuye a la Comisión Geográfica Exploradora. Es decir, que ofrece una exploración profunda y original de una región de México ignorada en su mayor parte, y que solo es posible gracias al conocimiento íntimo que Altamirano tenía de las tradiciones de su lugar de origen, de la lengua de los indígenas, de su historia política y social, y de sus posibilidades de desarrollo. Sin embargo, el conocimiento exhibido por los textos de Altamirano entra en contraste directo con los saberes que se estaban generando en otras instituciones científicas porfiristas, de las cuales Altamirano y el grupo de “viejos liberales” fueron sistemáticamente excluidos. Mientras el *situated knowledge* porfirista aspiraba al control político-militar y la “infraestructura nacionalista” pretendía proyectar al exterior una imagen moderna de México (Tenorio Trillo 321), el saber que emerge de *Paisajes y leyendas* hace visible una población relegada de los proyectos políticos porfiristas y se postula como un intento por afianzar la prominencia de Altamirano en el cambiante terreno público del final del siglo. Acaso su salida a Europa haya sido una aceptación tácita de que su programa cultural, y su misma posición en el espacio público, estaban condenados a la marginalidad en el cerrado grupo porfirista.

Providence College

Notas

- ¹ Para este trabajo usaré la edición de *Paisajes y leyendas* incluida en el tomo V de las *Obras completas* de Altamirano.
- ² Enrique de Olavarría y Ferrari al discutir la crisis de la SMGE en el periodo 1877-1887 hace referencia a las intervenciones literarias de Altamirano en la Sociedad: “En la [sesión] del 6 de Enero de 1883 veintidós socios eligieron la Mesa Directiva del precedente, y como en él, carecieron de interés las sesiones, al extremo de que para animarlas un poco, y a falta de asuntos científicos, el Sr. Altamirano inició una serie de Conferencias literarias [. . .]” (132). Al año siguiente, la crisis de la institución se agrava con la disminución de la asistencia de los socios: “Reelegida una vez más la Mesa Directiva de los años anteriores, para el de 1884, el Sr. Altamirano empezó a leer a los cinco o seis socios concurrentes a la Junta del 9 de Febrero su precioso libro de tradiciones y costumbres de México, titulado *Paisajes y Leyendas*” (133).
- ³ La historia de la SMGE puede reconstruirse a partir de la *Reseña histórica* de Enrique de Olavarría y Ferrari, así como de los análisis históricos de Azuela Bernal, Craib, Mayer Celis y Mendoza Vargas.
- ⁴ Los agrimensores de la CGE, muchos de ellos con formación militar, tenían la obligación de proveer información sobre distancias recorridas (itinerarios), pero también tenían que tomar nota del tamaño de las poblaciones cercanas, localización topográfica, vías de acceso, tipo de vegetación y posibles zonas vulnerables. Toda esta información era enviada al Ministerio de Guerra para su almacenamiento y uso del ejército. Para una revisión exhaustiva de la manera de operar de la CGE durante su primera década véase el capítulo 4 de *Cartographic Mexico* de Craib.
- ⁵ El libro clásico de Hale sigue siendo la mejor fuente para una revisión exhaustiva de la pugna ideológica y política entre la generación de intelectuales positivistas que se reunió en torno al periódico *La libertad* (1878-1884), que contaba entre sus miembros, entre otros, a los hermanos Justo y Santiago Sierra, Telésforo García, y Enrique de Olavarría y Ferrari, y la “vieja guardia liberal,” representada en los debates por José María Vigil e Ignacio M. Altamirano, que seguía defendiendo los principios de la Constitución de 1857. Para un análisis específico del debate en 1880 sobre el cambio del libro de texto de lógica que enfrentó a ambos bandos, véase el capítulo VI. El tono del debate fue tan álgido que obligó a Altamirano a renunciar a la redacción de *La libertad*, renuncia que no fue rechazada por Justo Sierra y que supuso el rompimiento de aquel con el grupo positivista en ascenso (297-98).
- ⁶ Hay muchas marcas de la marginalidad de Altamirano frente a las instituciones del Estado. Entre otras, en 1870 era fiscal de la Suprema Corte, dirigida entonces por Ramírez, pero apenas asistía a su despacho y se sentía desesperado por sus necesidades económicas (Palti 433); desde la época de las primeras veladas literarias, Altamirano se identificó como miembro del grupo bohemio que se consideraba al margen de las élites políticas y económicas (Palti 431).
- ⁷ Para una revisión del crecimiento de las zonas de recreo y esparcimiento (“leisure zone”) durante la modernización capitalista, véase Bailey.
- ⁸ Para una exploración rigurosa de la importancia de la metáfora del conocimiento *como viaje* en la antropología clásica, véase el artículo de Buzard.
- ⁹ Lomnitz ha estudiado la condición paradójica de la antropología mexicana en el siglo XIX. Por un lado, las visitas de “antropólogos que viajan” a México fueron

fundamentales para la profesionalización de la antropología, pero por otro, obligó a la antropología mexicana a producir imágenes que contrarrestaran las representaciones “desestabilizadoras” del país que producían aquellos.

- ¹⁰ Me refiero aquí a referencias dispersas que hace en diferentes artículos periodísticos a la necesidad, por ejemplo, de escribir una “historia positiva” de México (“Bibliografía”), y a la importancia de estudiar la arqueología de México más allá de la conquista y “la vida colonial” (“Désiré Charnay” 135).
- ¹¹ En su lectura de la obra de Altamirano, Joshua Lund sugiere que en el “proyecto político” de aquel el tema de la raza está incluido, pero no es central, dado que su interés principal es la conformación del Estado-nación en torno a la noción de ciudadanía (44, 49). Para Lund, Altamirano no veía a las comunidades indígenas con un interés multicultural o como la posibilidad de la “formation of a community of differences” sino como un desafío a la constitución de un “Estado mestizo,” que representaba los valores nacionalistas del liberalismo (45, 49). El análisis de Lund, aunque sugerente, adolece de una consideración más exhaustiva del lugar de enunciación desde el cual Altamirano interpela, como veremos, los discursos científicos porfiristas sobre los indígenas y, por tanto, la conformación nacional del Estado tal cual lo promovía la élite porfirista.

Obras citadas

- Altamirano, Ignacio M. "Bibliografía." *Obras completas XVI*. 131-32. Impreso.
- . "Désire Charnay" (1880). *Obras completas XVI*. 133-36. Impreso.
- . *Memoria presentada a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística por el primer secretario Lic. Ignacio M. Altamirano en enero de 1880*. México: Imprenta de Francisco Díaz de León, 1887. Impreso.
- . *Obras completas V. Textos costumbristas*. Ed. y pról. José Joaquín Blanco. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal, 2011. Impreso.
- . *Obras completas XVI: Escritos sobre educación 2*. Ed. Concepción Jiménez Alarcón. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989. Impreso.
- . *Obras completas XXI. Epistolario (1850-1889)*. Tomo 1. Ed. Jesús Sotelo Inclán. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal, 2011. Impreso.
- . "Prólogo al *Viaje a Oriente* de Luis Malanco." *La literatura nacional: revistas, ensayos, biografías y prólogos*. Ed. José Luis Martínez. México: Porrúa, 1949. 93-122. Impreso.
- Azuela Bernal, Luz Fernanda. "La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la organización de la ciencia, la institucionalización de la Geografía y la construcción del país en el siglo XIX." *Investigaciones Geográficas* 52 (2003): 153-66. Red. 22 mayo 2015.
- Bailey, Peter. "Adventures in Space: Victorian Railway Erotics, or Taking Alienation for a Ride." *Journal of Victorian Culture* 9.1 (2004): 1-21. Red. 22 mayo 2015.
- Buzard, James. "On Auto-Ethnography." *The Yale Journal of Criticism* 16.1 (2003): 61-91. Red. 11 febrero 2015.
- Cañizares-Esguerra, Jorge. "Landscapes and Identities: Mexico, 1850-1900." *Nature, Empire and Nation: Explorations of the History of Science in the Iberian World*. Stanford, Calif.: Stanford UP, 2006. 129-68. Impreso.
- Capel, Horacio. "El asociacionismo científico en Iberoamérica. La necesidad de un enfoque global." *Mundialización de la ciencia y cultura nacional. Actas del Congreso Internacional "Ciencia, descubrimiento y mundo colonial"*. Eds. A. Lafuente, A. Elena y M.L. Ortega. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid/Comité Conjunto Hispano-Norteamericano para la Cooperación Cultural y Educativa/Doce Calles, 1993. 409-28. Impreso.
- Conway, Christopher. "Ignacio Altamirano and the Contradictions of Autobiographical Indianism." *Latin American Literary Review* 34.67 (2006): 34-49. Red. 17 enero 2015.
- Craib, Raymond B. *Cartographic Mexico: A History of State Fixations and Fugitive Landscapes*. Durham y Londres: Duke UP, 2004. Impreso.
- . "El discurso cartográfico en el México del porfiriato." *México a través de los mapas*. Eds. Héctor Mendoza Vargas y Michel Antochiw. México: Instituto de Geografía-UNAM, 2000. 131-50. Impreso.
- Cueto, Marcos. "Ciencia y tecnología." *Historia general de América Latina. Vol. VII: Proyectos nacionales latinoamericanos: sus instrumentos y articulación 1820-1870*. Dir. del volumen Enrique Ayala Mora. Codirector Eduardo Posada Carbó. Madrid: UNESCO/Trotta, 2008. 453-67. Impreso.

- De Olavarría y Ferrari, Enrique. *La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Reseña histórica*. México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1901. Impreso.
- Giron, Nicole. "Altamirano, Diplomático." *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* 9.2 (1993): 161-85. Impreso.
- Hale, Charles A. *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*. Trad. Purificación Jiménez. México: Fondo de Cultura Económica, 2002. Impreso.
- Lomnitz, Claudio. "Bordering on Anthropology: The Dialectics of National Tradition in Mexico." *Revue de synthèse* 4.3-4 (2000): 345-80. Red. 15 abril 2016.
- Lund, Joshua. *Mestizo State: Reading Race in Modern Mexico*. Minneapolis: U of Minnesota P, 2012. Red. 15 abril 2016.
- Mayer Celis, Leticia. *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario: estadística y comunidad en el México de la primera mitad del siglo XIX*. México: El Colegio de México, 1999. Impreso.
- Mendoza Vargas, Héctor. "Historia de la geografía en México: siglo XIX." Tesis de Licenciatura en Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993. Impreso.
- Palti, Elías José. *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008. Impreso.
- Pérez Gay, Rafael. "Prólogo." *Manuel Gutiérrez Nájera*. México: Cal y Arena, 1996. vii-xii. Impreso.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX*. Caracas: Fundación Editorial El Perro y la Rana, 2009. Impreso.
- Rutsch, Mechthild. *Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Nacional Autónoma de México, 2007. Impreso.
- Sol, Manuel. "Introducción." *El Zarco*. De Ignacio M. Altamirano. Xalapa: Universidad Veracruzana, 2000. 11-90. Impreso.
- Tenorio Trillo, Mauricio. *Artifugio de la nación moderna: México en las exposiciones universales, 1880-1930*. Trad. Germán Franco. México: Fondo de Cultura Económica, 1998. Impreso.
- Wright-Rios, Edward. "Indian Saints and Nation-States: Ignacio Manuel Altamirano's *Landscapes and Legends*." *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* 20.1 (2004): 47-68. Impreso.